

ni de noticias ó pareceres verosímiles, como sucede acá en la tierra; sino que se trata de una elevacion ó ensalzamiento de la naturaleza humana y de una completa trasformacion del hombre en Dios¹.

« Por eso el rey profeta representanos á Dios cual sí estuviere sentado allá en los cielos en medio de un magnífico y augusto senado de dioses, porque, dice, los bienaventurados son, á causa de una afecion inmensa del amor divino en su corazon, otros tantos verdaderos hijos del Altísimo, cuya naturaleza se refleja en ellos: y ellos mismos son dioses². Toda diferencia desaparece, toda distincion queda destruida. No existe mas sino lo que va del Creador á la criatura, pero de criatura elevada por el Creador á un perfectísimo parecido con Él para que quede la criatura convertida por medio de la gracia lo que Él mismo es por naturaleza; pues al recibir Dios en su seno á la criatura, su espíritu la anima, su esencia la vivifica, su ser la sostiene, su divinidad la deifica, sin por ello destruirla; dale nueva forma sin cambiar su naturaleza; hacela semejante á Dios por participacion sin que por ello deje de ser criatura por naturaleza³. »

Convertidos pues los bienaventurados en seres semejantes á Dios, qué podrémos decir respecto á su felicidad sino que son felicísimos, pero con una felicidad sin tasa ni medida, completamente dichosos! Pero ¿quién podrá explicar en que consiste la felicidad de Dios? Nadie absolutamente puede explicarlo; y san Pablo, despues de haber sido testigo él mismo, tuvo que limitarse á decir. *Nunca ojo alguno vió, ni oído escuchó, ni inteligencia humana concebir pudo lo que Dios para sus escogidos reserva⁴.*

1. *Divinæ consortes naturæ* (II. PETR. I.). — *Excedet homo suam ipsius naturam, Deum de homine evadens* (S. GREG. NYS. *ds Beatit. Beat. Pacif.*).

2. *Stetit Deus in synagoga deorum. Ego dixi: Dii estis, et filii Excelsi omnes* (Ps. LXXXI, 1).

3. Ventura, *École des miracles*, Hom. XII.

4. I. Cor. II, 9. — *Oculus non vidit, Deus, absque te, quæ præparasti expectantibus te.* IS. LVIV.

Siendo el brillo y el fulgor, el emblema que expresa la felicidad, como ántes digimos, fácilmente comprenderéis ahora que los bien-

Así aún cuando todos los ángeles hablarán no podrían explicar ni la dignidad ni la grandeza. Debemos á esta soberana é inmensa bondad de Dios un don tan inefable como su propio autor. El espíritu humano en vano intenta elevarse en sus concepciones, jamas podrá alcanzar la menor parte de este don. Hé aquí porque, al evaluarlo, parecemos á aquellos que contemplan y admiran un cuadro, aún no terminado, de un artista eminente y le encuentran de acabada perfeccion; pero el pintor, que conoce su arte, sabe, cuanto esta perfeccion, por los ignorantes admirada, está léjos de ser lo que él se propone una vez terminada su obra. Así tambien debemos, persuadirnos nosotros que cuanto digamos ó pensemos de la felicidad eterna está infinitamente por debajo de lo que es en verdad. Por eso algunos hacen derivar *calum*, cielo, de *celo*, escondo, porque en él hallanse encerrados bienes y delicias completamente desconocidas para la humana inteligencia (Granada, *Serm. 2º dom. de Cuar, serm. 2*). — Así como el estar separado de Dios es causa de inmenso dolor para el condenado en el infierno; así tambien la union, el parecido, la trasformacion en Dios mismo hacen gustar á los escogidos en la Jerusalem verdadera, un consuelo una felicidad, un gozo soberano é indefinible. Podemos formar nos una legerísima idea del mismo considerando lo que ya en este bajo mundo acontece con las almas heróicas, en cuyo corazon, segun se expresa san Gregorio, el mundo con todo cuanto en sí contiene se secó por completo, *in quorum cordibus mundus aruerat*, y que, por medio de uno de los mas ardientes amores, trazande ya en sí mismas desde esta vida tan feliz parecido, efecto admirable de la gracia que hace vivir en Dios comenzando ya á gustar anticipadamente de la felicidad del cielo? Momento feliz, cómo describirle? Un rayo de luz, despedido del eterno esplendor, ilumina su espíritu con nueva y purísima luz, no permitiéndoles entrever mas sino solo algunos rasgos de la infinita perfeccion y Hermosura. La voz del amado dejase oír al corazon con sus mas gratos acentos, *vox dilecti pulsantis*, Cant. v, y el corazon contesta con quejas afectuosas acerca de lo largo del destierro, exhalando fervorosos suspiros, sentimientos tiernísimos, los mas entusiastas trasportes y mas deliciosos cánticos. Entónces siguese en lo mas profundo del alma

naventurados en el cielo brillarán, en su alma, como el sol mismo, semejantes el modelo que en este día non ofrece el Señor en su

súbita agitacion, y el alma, sacudida violentamente, despertarse, se eleva sobre sí misma, se apasiona, se inflama y cual si fuera de su estuviese, lanzase para precipitarse en el seno de Dios que se muestra á ella de léjos y la atrae con las cadenas del mas tierno amor, *in vinculis charitatis*, Os. xi. Los sentidos sin embargo pierden su natural pesadez; no oponen mas que muy débil resistencia á la impetuosidad del espíritu. De aquí que provengan dulcísimos delirios, prolongados éxtasis, sublimes raptos, levantarse del suelo, el profundo ensimismamiento de las potencias todas en Dios que hace que el alma no entienda ni comprenda nada absolutamente en aquel estado; y, mientras la imaginacion mas elevada se fija, el entendimiento absorto considera, y el corazon queda inundado con plenitud tal de consuelo, contentamiento, dulzuras celestiales de suavidad tal y tan misteriosa que estas almas afortunadas no saben ya si están en el cielo ó en la tierra, en el cuerpo ó fuera de él: *sive in corpore, sive extra corpus nescio*, II. Cor. xi: hasta que no pudiendo ya soportar el exceso de gozo tan superior, vense obligadas á exclamar con san Francisco Javier, santa Teresa, ó los Cupertinos: «Basta, Señor, basta; ya es demasiado mi gozo, demasiada mi alegría.» — Pues si tales consuelos si tal gozo y alegría el amor, aún cuando imperfecto, del soberano bien gustar hace á veces en este lugar de destierro ¡cuáles no serán los consuelos que este mismo amor, perfecto y acabado hará gustar al alma en la verdadera patria! Si de tal modo la Bondad divina trata á los desterrados de la tierra, de que modo recompensará á los bienaventurados en el cielo! Si estas débiles chispas de las dulzuras celestiales que, á veces, descienden de las celestiales colinas sobre las almas amantes de su Dios bastan por sí solas para hacerla dichosas aún en medio de las mayores privaciones y de los mas terribles tormentos, qué sensacion de júbilo íntimo, intenso, exquisito, no causarán en el alma esas mismas delicias que, salidas de los manantiales de los placeres eternos, inundan esas regiones de la felicidad y llenan el alma colmándola y embriagándola de gozo! *Torrente voluptatis tuæ potatis eos. Inebriabuntur ab ubertate domus Dei*. El Espíritu Santo tan solo, el Espíritu de sabiduría y de luz que el Padre derrama alguna vez sobre la tierra, dice san Pablo, puede

Transfiguracion. Añadir debo que sus cuerpos no brillarán ménos que su alma. Esto mismo se figura igualmente en el misterio de que tratamos. Vemos en efecto que la luz que despedia el cuerpo del Señor, al atravesar sus vestiduras, volvíalas *blancas como la nieve*. Pues bien los santos Padres, digo, ven en esta blancura de las vestiduras del Salvador, á causa de la luz que su cuerpo despedia, una imágen de la transfiguracion de nuestro cuerpo, que no es otra cosa vestidura del alma, por medio de la luz que esta despida. Enseña ademas san Pablo muy formalmente esta verdad, cuando dice que el Salvador en el cielo *dará á nuestro cuerpo tan despre-*

dar una idea de los tesoros, de la gloria, abundancia y profusion de gozo que formará en el cielo la herencia de los escogidos: *Deus Pater gloriæ det vobis Spiritum sapientiæ, ut sciatis quæ divitiæ gloriæ hereditatis ejus*. Eph. i, 18. Las almas tan solo que aman á Dios, dice san Agustín, comprenden algo de la felicidad que es poseerle y el lenguaje del cielo es tan solo entendido algo por los corazones inflamados en caridad divina. *Da amantem, et intelliget quod dico*. Sin embargo, comprender enteramente la felicidad del cielo cosa es de toda punto imposible para quien no la experimenta: equivaldria ello á comprender á Dios; pues Dios es quien la causa y constituye por medio de la vision beatífica de su perfeccion y hermosura, por la semejanza de su naturaleza, por la posesion entera y completa de su ser, de sus bienes todos, Bastenos tan solo el saber que, segun la opinion mas comun de los teólogos apoyada en la doctrina de Santiago, ii, 13, *superexaltat misericordia judicium*, los santos en el cielo son infinitamente mas dichosos que desgraciados son en el infierno los condenados; pues que en el infierno no castigo Dios en un solo sentido con el rigor todo de su justicia, mientras que, en el cielo, recompensa con toda la munificencia de su misericordia y liberalidad. Por eso dice san Agustín, que es tal el exceso de júbilo del cielo que una sola gota que cayese del mismo en el infierno bastaria para atemperar la amargura toda de las penas que sufren los condenados y cambiarlas en los mas dulces goces; *Tanta est futuræ gloriæ dulcedo, ut si una gutta in infernum deflueret, totam damnatorum amaritudinem dulcoraret*. Serm. 7 de Transf. (Ventura. Escuela de los Mil., hom. 12.).

*ciable de por sí, una nueva forma hasta hacerle semejante al suyo glorioso*¹.

« De este modo se cumplirá la gran profecía de David, con que nos enseña que nuestros huesos, tan humillados acá en la tierra, se conmoverán de gozo allá en los cielos en presencia del Señor². ¡Qué gloria! continúa el gran Apóstol: este cuerpo, dejando en el sepulcro todo lo que tenía de grosero, despreciable y perecedero, dejando allí toda deformidad y defectos todos de su creación primera, se levantará á nueva creación: aparecerá de nuevo á la vida en la edad del hombre perfecto, con su estatura elevada, convertido en un todo semejante al magestuoso modelo que es Jesús³.

« No significa esto que despojados de este cuerpo que ahora tenemos hayamos de revestirnos de otro diferente; sino que experimentaremos en el mismo una verdadera transformación, semejante á la que Jesucristo experimentó; y por ende, conservando como Él la identidad de nuestra carne, participaremos de todos los privilegios de que la suya goza; de manera que esta carne tan vil y despreciable en la actualidad, tan pesada, grosera, oscura, débil, flaca, sujeta á la muerte, adquirirá, espiritualizada con Jesús, las cuatro cualidades de los cuerpos gloriosos, á saber: sutileza, agilidad, claridad é impassibilidad; será tan incorruptible como la misma incorruptibilidad, hermoso como la misma beldad, luminosa cual la misma luz, gloriosa como la gloriosa misma, inmortal con la misma inmortalidad que la carne glorificada de Nuestro Señor Jesucristo⁴. »

Además nada más justo que esta transfiguración del cuerpo. Por-

1. Ephes. III, 21. — 2. Exultabunt Domino ossa humiliata (Ps. L, 16).

3. Nova creatura (GAL. VI, 15). — In virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi (EPHES. IV, 13).

4. Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem; et mortale hoc induere immortalitatem (I COR. XV, 25). — Reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ (PHILIP. III, 21). Ventura, op. et loc. cit.).

que puesto que tomó parte en la mortificación y trabajos que procura la virtud preciso es que participe también del premio. El apóstol san Pablo confirma esta lógica deducción cuando dice: *Preciso es comparezcamos todos ante el tribunal de Jesucristo, para que cada cual reciba lo que á su cuerpo se debe, según el bien ó mal que obrado haya*¹. Si obró el mal su cuerpo será en verdad transfigurado, pero con una transfiguración que estará en relación con el eterno castigo que merecido haya. Si obró el bien, su cuerpo será transfigurado de manera que pueda gozar eternamente según el mérito por el mismo adquirido. Pues aún cuando todas las estrellas, por ejemplo, sean luminosas, cada una de ellas tiene sin embargo un brillo especial que la distingue de las otras. Del mismo modo pues, en el cielo, brillarán los cuerpos de los bienaventurados como el sol; sin embargo el brillo, por ejemplo de la continencia conyugal será distinto al de la mortificación, como distinto á este será el de la caridad, etc.

No es solo la justicia quien exige que los cuerpos de los bienaventurados sean transfigurados en el cielo, sino también la necesidad. En el momento en que esos cuerpos han de resucitar, no pueden resucitar sino gloriosos. ¿No es verdad que acá en la tierra nos embaraza el cuerpo de tal modo, que podemos decir es á un mismo tiempo para el alma prisión y carga? ¿Causa de sus confusiones más sensibles y sus penas más crueles? ¿Qué satisfacción puede esperarse en esta vida en tanto que se vea uno obligado á arrastrar este peso que se fatiga al menor trabajo, que se gasta sin cesar, que se desequilibra y acaba por caer en la descomposición? Recordando el espíritu su origen celestiel, quisiera obrar siempre con nobleza; pero su compañero el cuerpo bajo y miserable impidele que tome vuelo y le obliga á arrastrarse por los suelos. Por eso el apóstol san Pablo exclamaba: *¡Desgraciado de mí! ¿quién podrá libertarme de este cuerpo de muerte*¹? Cuando el alma sea pues transfigurada y glorificada, si el cuerpo al que se vea de nuevo

1. II. Cor. v, 10. — 2. Rom. VII, 4.

unida no fuese él tambien transfigurado y glorificado, no podria ser en su compañía mas feliz de lo que en la tierra lo es. ¿Y si el alma en el cielo no fuese completamente feliz, cuál sería su recompensa, en qué quedarían todas las promesas de felicidad hechas por el Salvador á sus fieles siervos?

Por justicia y necesidad, el cuerpo de los bienaventurados, que habia sido depositado bajo tierra sujeto á la corrupcion, deforme, pesado y grosero, resucitará incorruptible, lleno de luz, de agilidad, y con la sutileza propia de los espíritus purísimos. Tales son, en efecto las cuatro gloriosas cualidades en que estriba la felicidad esencial de un cuerpo predestinado. El rey David reconociólas ya hace tiempo bajo la figura de la nieve¹. Hoy el Hijo de Dios continua representándonoslas en sus vestiduras bajo el mismo emblema. Sí, en la blancura de la nieve veo, en efecto, perfectamente representada la claridad del cuerpo glorioso. Nada mas ligero que la nieve, nada mas agil que esos cuerpos gloriosos que *correrán sin cansarse*, dice el profeta, *y caminarán sin desfallecer*². ¿Qué cuerpo existe mas desligado y penetrante que la nieve? ¿y qué hay de mas sutil que los cuerpos gloriosos á los que no detienen ni las puertas cerradas ni las mas gruesas paredes? La nieve se derrite en los valles, en verdad; pero hay montañas donde resiste los mas ardorosos rayos del sol: nada mas expresivo podria buscarse que esta comparacion para representar la condicion de los cuerpos, que sujetos á la corrupcion miéntras permanecen en este valle de lágrimas, una vez transportados sobre la montaña afortunada del Tabor celestial, adquiriran una impasibilidad absolutamente inalterable!

Transfiguracion gloriosa del alma y gloriosa transfiguracion del cuerpo, tal será, cristianos, la doble recompensa de los elegidos en el cielo, segun nos representa la transfiguracion del Salvador sobre el monte Tabor. ¡Cuán envidiable es semejante recompensa! ¿Quién podrá considerarla sin sentirse abrasado por el deseo de alcanzarla? Restame ahora tan solo explicaros

1. Dum discernit cœlestis reges super eam, nive dealbabuntur in Selmon (Ps. LXVII, 15). — 2. Is. XL, 31,

III. *Que para merecer el ser transfigurados en el cielo, es preciso sufrir ántes, sobre la tierra, trabajosas ó penosas transfiguraciones.* — El Salvador, segun mas arriba dijimos, quiso aparecerse transfigurado á sus apóstoles para representarles de un modo sensible la gloria reservado á los bienaventurados en el cielo. Pero, para darles á entender á que precio debían alcanzar esa gloria, quiso, ántes de llegar Él mismo á ella, experimentar ó sufrir acá en la tierra transfiguraciones en extremo penosas y hasta crueles. Así es como se transfiguró, especialmente en el jardin ó huerto de los Olivos, en penitente sincero y verdadero, reconociendo ante su Padre que estaba agobiado bajo el peso de los pecados de todos los hombres, y sobre el monte Calvario, en dendor deseoso de satisfacer sus deudas todas con Dios contraídas, ofreciéndole hasta la última gota de su sangre para pagarselas. Los discípulos de Emmaus no habian comprendido aún esta verdad, cuando expresaban su triste y dolorosa admiracion considerando que su divino Maestro hubiera tenido que sufrir tan crueles suplicios por parte de los Judíos: pero el Salvador se la inculcó con energía diciéndoles: *¿No era preciso que sufriese de tal modo el Cristo que por medio de sus sufrimientos entrase en su gloria*¹?

Puesto que el Salvador nos ha dado el ejemplo de las laboriosas y penosas transfiguraciones para llegar á la celestial transfiguracion no tengamos nosotros la necia pretension de poder llegar á la misma por distinto camino. Apliquemonos por lo tanto á operar en nosotros mismos esas transfiguracionss preparatorias á la transfiguracion gloria; pues miéntras que esta última no puede ser llevada á cabo mas que por Dios, las demas deben necesariamente ser obra nuestra. ¿Mas, como llevaremos á cabo estas transfiguraciones? No necesitaré grandes digresiones ni muchas palabras para explicaroslo. Llevamos á cabo estas transfiguraciones sencillamente transfigurándonos, de pecadores que somos en justos que es lo que debemos ser. ¿Somos orgullosos y arrogantes? despojemonos de

1. Luc. xxiv, 26.

nuestro orgullo y arrogancia y convirtámonos en humildes y reservados. ¿Somos avaros y duros para con los pobres? desprendámonos de los bienes del mundo y demoslos voluntariamente á los que de ellos necesitan. ¿Nos gusta el comer bien y entregarnos á los placeres de los sentidos? evitemos todo esto con gran cuidado y firmeza y abracemos generosamente la mortificación cristiana.

Somos coléricos y vindicativos? pongamos freno á nuestra ira y que en su lugar ocupe nuestro corazón la dulzura, la benevolencia, el perdón¹.

Hé ahí lo que son y en que consisten las transfiguraciones que acá abajo debemos en nosotros obrar para merecer la gloriosa transfiguración de los cielos. Llamaselas trabajosas, porque no podemos cumplirlas ó llevarlas á cabo sin grandes trabajos y á veces enormes penas. ¿Cuán difícil no es en efecto el tener que renunciar á hábitos ya adquiridos á veces de mucho tiempo atrás, y que echaron hondas raíces en nuestro corazón y sobre todo el tener que luchar contra las malas inclinaciones de nuestra naturaleza hasta vencerlas por completo y hasta producir actos de virtud que les sean totalmente opuestos! Mas, esta dificultad no nos dispensa el cumplir con esta obligación. Quien nos la ha impuesto sabe cuantos esfuerzos por nuestra parte exige. Sin embargo no por ello de su cumplimiento hace la condición indispensable de nuestra gloriosa transfiguración en el cielo. Emprendamos pues tan gran obra resueltamente, pues lo que con energía se hace mejor y más fácilmente que aquello que se ejecuta con desidia y pereza².

1. Media ad transformandum induratum peccatorem in virum alterum, et cor emolliendum. 1º Verbi Dei frequens auditio. 2º Assidua oratio. 3º Conatus serius. 4º Assuefactio ad oppositum (FABER, *Op. conc. dom. 2. Quadrag.*). — Quatuor sunt hominum transfigurationes: 1ª De statu gratiæ in peccatum; 2ª e statu peccati in statum gratiæ; 3ª ab hujus sæculi deliciis ad gehennam; 4ª e miseriis hujus vitæ in cælestem gloriam (Id. *ibid. conc. 6*).

2. ¿Quién será pues insensible hasta el extremo de no animarse é inflamarse al pensar en tal gloria? ¿quién no sacudirá la tibieza de su es-

Conclusion. — En que consiste la transfiguración del Señor sobre el monte Tabor, que dicha transfiguración fué figura ó imagen de la gloriosa que experimentarán los justos en el cielo y que para alcanzarla es preciso transfigurarnos acá en la tierra de pecadores en justos, hé aquí en pocas palabras reasumida la doctrina del discurso que acabais de oír. En su propio cuerpo es como el Señor fué transfigurado, y también de igual modo en su mismo cuerpo y alma serán transfigurados en el cielo los que se hayan sincera y valerosamente transfigurado sobre la tierra en su conducta y en su vida toda. Nuestra laboriosa y penosa transfiguración acá abajo, operada en nosotros por medio de incesantes cuidados es además la condición indispensable para ser gloriosamente transfigurados por Dios en el cielo en recompensa de nuestra buena voluntad y reales y efectivos esfuerzos. Recordemos sin cesar estas verdades tan instructivas como capaces de darnos fuerzas. Instructivas digo, pues que nos preservan de la ilusión de creer que se puede ir á la gloria sin pasar por las penas y sufrimientos voluntariamente experimentados acá abajo¹. Añado capaces de darnos fuerzas, pues si bien es verdad,

¿quién no antepondrá esta preocupación á todas las demás de la vida? ¿quién no preferiría morir mil veces á perder semejante dicha? No se engaña san Agustín cuando dice: Si os fuese necesario sufrir cada día tormentos, soportar dolores y penas durante siglos enteros, afín de poder contemplar á Jesucristo en su gloria, y ser contados en el número de los santos; ¿dudaríamos acaso en soportar todos estos males con tal de participar de tan gran bien, de semejante gloria? Mas el Señor, bueno y misericordioso, no exige de nosotros tan gran sacrificio; todo lo que exige es que no olvidemos que hemos sido criados para alcanzar tan inmensa gloria; es que apartándonos de los frágiles y perecederos bienes, nos preocupemos tan solo y no tengamos en cuenta, ni pensemos más que en ese soberano bien; teniendo siempre fijos los ojos en las palabras del Apóstol que nos dice no tenemos acá bajo estancia fija ni habitación permanente, uno que estamos en el mundo para alcanzar la que debemos habitar un día. Hebr. XIII, 4. (Granada, *Serm. 2. dom. de Cuar. serm. 2*).

1. Prius laborandum quam quiescendum; prius pugnandum quam

que despues de haber sufrido Nuestro Señor entró en su gloria, no es ménos cierto que sufriendo como Él entraremos nosotros del mismo modo. Tengamos siempre pues los ojos fijos en la admirable recompensa que se nos prepara y destina y en los trabajos que es preciso sufrir para merecerla, y de este modo dichos trabajos nos parecerán fáciles y llevaderos¹. Cumplirémos tambien voluntariamente estos trabajos y de este modo merecerémos con mas seguridad la recompensa eterna de la celestial transfiguracion: Amen.

spolia dividenda sunt. Quæ causa est, cur Deus non concesserit Hebræis spolia urbis Jericho, Jos. vii. Concesserit autem paulo post spolia urbis Hai, c. viii, quia scilicet hanc manu sua expugnarunt: illam non item, sed Deus subruit muros eorum præcise ad sonitum buccinantium, quam Deus pro labore non reputavit. Quare cum Achan spolium inde sustulisset, jussit eum deleri ac comburi. Multi quidem interesse spectaculo beatitudinis volunt, sed laborare, et ascendere nolunt: multi cum Achan spolia auferre licet immeriti desiderant, de quibus Prov. xiii, dicitur: *Vult et non vult piger*. Ubi S. Hieron.: « Recte pigri vocabulo denotatur, qui vult regnare cum Domino, non tamen pati pro eo: delectant præmia cum pollicentur, deterrent vero certamina, cum jubentur. » Regnare vis? Volo, ais. Sed vis injusta restituere? Non possum. Vis pellicem abjicere? Modo non, sed aliquando, hoc est, vult et non vult piger (FABER, *Op. conc. dom. 2. Qnadrage. Buct. serm. 2*).

1. Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis (Rom. viii, 18).

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

TERCER DISCURSO

De lo que sucedio sobre el monte Tabor durante la transfiguracion.

I. Aparicion de Moises y de Elias. — II. Su conversion con Jesus. — Deseo de san Pedro.

Leense amenudo en la historia de las naciones, narraciones de asambleas que se designian con nombres ilustres é importantes, á causa de los personajes que en las mismas tomaron parte y de los asuntos ó negocios en las mismas tratados. ¡ Qué fueron sin embargo esas asambleas, en comparacion de la de que hoy nos dá cuenta el Evangelio que acabais de escuchar! En las asambleas de que nos hablan las historias no comparecieron mas que políticos mas ó ménos habiles, encargados de la salvaguardia de intereses esencialmente pasajeros. Aquí, en lo de que el Evangelio trata, por el contrario vemos reunido cuanto de mas grande hubo en la tierra y en el cielo, es decir los gefes ó caudillos de la antigua alianza de Dios con los hombres y los de la nueva, presididos por el Salvador en persona, y tratando juntos del asunto que unicamente y mas que ningun otro puede interesarnos, esto es, de lo conveniente á nuestra salvacion. ¡ Cuán digna no es semejante asamblea de llamar nuestra atencion! Por eso quiero en esta mañana hablaros en primer lugar de la aparicion de Moises y Elias; luego de su conversacion con Jesus y por último del deseo de san Pedro.

I. *Aparicion de Moisés y Elias*. — Llegado á la cima del Tabor en compañía de sus tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan, pusose el Señor en oracion y otro tanto hicieron los discípulos. Mas como